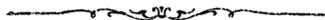


TRADICIONES NABARRAS.



SALKINDARIA.

El traidor.

Hace pocos años que al anochecer de un día del mes de Diciembre me encontraba extraviado, en compañía de un amigo, en medio de un espesísimo bosque vecino al monte de Azpiroz.

El terreno quebrado; la oscuridad que iba envolviendo aquellas soledades; una lluvia glacial, y el cansancio que nos había producido un día de fatigosa cacería por aquellas breñas, hacían nuestra marcha cada vez más difícil y penosa. A cada instante un árbol ó un peñasco nos cerraban el paso; nuestros piés resbalaban, y nuestras manos, ensangrentadas, daban testimonio de los esfuerzos que hacíamos para sostenernos, asiéndonos en medio de las sombras lo mismo á las asperezas de una roca que á las punzantes ramas de un acebo.

Más de una vez, agotadas ya nuestras fuerzas, pensamos en echarnos sobre los helechos y esperar al nuevo día; pero, ¿cómo resistir á campo raso, la glacial temperatura de una noche de rigoroso invierno en medio de los Pirineos nabarros? Andábamos pues, animándonos mutuamente y sostenidos por la necesidad de salir de tan apurada situación, disparando de vez en cuando nuestras escopetas por si alguien podía venir á socorrernos; pero sin duda que, lejos de acercarnos, nos alejábamos del pueblo de Lecumberri,—donde debían esperarnos nuestros compañeros, pues nadie respondió á aquellas señales.

Sin fuerzas y abatidos nos encontrábamos hacia ya horas, cuando cierta vaga luz que brillaba á lo lejos vino á reanimar nuestro espíritu y hacía ella nos dirigimos tan gozosos como hasta entonces habíamos

estado desesperanzados. A los pocos momentos nos encontrábamos ante un pobre caserío, semi-oculto entre gigantescos robles, y en cuyo interior se oía una fresca voz de mujer que cantaba una tierna melodía bascongada, cuya dulzura ofrecía singular contraste con los bramidos del huracán que hacía retemblar el bosque.

El golpe que dimos en la puerta hizo cesar el canto; oyóse ronco el ladrido de un perro, y al mismo tiempo una voz grave gritó:

—¿*Nor da or?*

—Dos cazadores que piden hospitalidad — contestamos.

Abrióse al punto la puerta; y un hombre de unos cincuenta años, de gigantesca estatura y aspecto digno, nos dijo con afabilidad: —*Ongi etorri jaunak*— y nos condujo á la cocina, donde, como en todas las de la montaña de Nabarra, ardian, bajo una inmensa chimenea central, de forma cónica, enormes troncos, verdaderos árboles que daban calor y luz á aquella estancia.

La cocina es el cuarto de la familia en nuestros Pirineos: sirve de comedor, de taller, de sala de conversacion y de lectura: elemento importante de sociabilidad, en ella se reunen todos los habitantes del caserío; allí se confunden, en santa democracia, amos y criados, y al calor del hogar parece como que brotan las cariñosas confidencias de los corazones, y las leyendas y los sabios consejos de los labios de los abuelos.

La familia de nuestro huésped se hallaba tambien agrupada en torno del hogar, y toda ella respiraba ese aire de paz, de sencillez y de virtud peculiar de la raza euskara. En un ángulo, un rapaz de unos diez y ocho años bañaba sus piés en una cubeta de agua, costumbre que va desapareciendo, pero que hace poco practicaban nuestros montañeses despues de volver del trabajo: á su lado, un enorme mastín tendido en el suelo, miraba con soñolientos ojos á un robusto chico que echado sobre él le abrazaba con alegría: una jóven de aspecto candoroso hilaba con increíble rapidez, mientras que con el pié ponía en movimieto una cuna hecha con un tronco de roble; su madre preparaba la cena, y sentado en uno de esos típicos *escaños* que no faltan en una sola cocina de la montaña, el patriarcal aitona, con sus luengas guedejas plateadas, signo de nobleza que con orgullo ostentaba nuestro pueblo en aquellas edades en que á los pecheros de otras tierras les estaba vedado el llevar la cabellera larga, hacia bailar sobre sus rodillas á dos hermosísimos niños.

Al penetrar nosotros en la cocina, pusieronse todos de pié y nos saludaron cariñosos, invitándonos á que nos sentáramos: no nos hicimos de rogar: veníamos empapados en agua, transidos de frio y molidos de nuestra caminata, y aquella atmósfera templada y aquel alegre hogar nos parecian el cielo. Diéronnos tan hospitalarias gentes ropa seca con que poder abrigarnos, y al poco rato sirvieron su frugal cena, que consistia en patatas asadas entre la ceniza, pan de maíz y un pantagruélico *kailku* de esquisita leche en la que habian sumergido piedras hechas ascua para cocerla. La cena nos pareció deliciosa, y satisfechos y gozosos como el más refinado sibarita, nos acercamos, despues de terminada, á las alegres llamas que el hogar despedia.

El temporal arreciaba: oíanse lejanos esos truenos que en el invierno suelen presagiar grandes nevadas; el agua caia á torrentes y el vendabal parecia querer arrancar la casa; sentíase el crugido de las ramas que se quebraban y esas imponentes y misteriosas voces de las tormentas Pirenáicas, esos estridentes silvidos de los vientos, esas siniestras armonías entre las cuales parecen escucharse gritos salvajes, imprecaciones iracundas, carcajadas fatídicas, ayes doloridos y lamentos espantables, cual si en los aires batallaran y se confundieran en tropel fantásticos ejércitos.

De pronto, en medio de aquel grandioso estruendo, oyóse un quejido prolongado y lastimero que se repitió varias veces, y el abuelo, poniéndose súbitamente de pié y santiguándose exclamó con extraño acento: —*Salkindaria!*,— (el traidor). Levantóse el jóven, examinó si la puerta estaba bien cerrada, y descubriéndose todos rezaron la oracion dominical.

Despues de terminarla— «Dios nos conserve honrados»— dijo el anciano, y se sentaron silenciosos y pensativos.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

(Se concluirá.)

sartu zuen, zorra kitatu arteraño. Beste lagunak eginbide onekin chit atsekabetu ziran, eta nagusiari joan zitzayozkan, zer gertatzen zan, salatzer. Nagusiak serbitzari gogor oni otseginda, esan zion; ¿serbitzari gaiztoa, nere artzeko guzia nik barkatu nikan, erregutu idakalako; eta i ere ire lagunaz errukitu bear ez intzakan, ni izaz errukitu nindukan bezala? Erregeak, osotoro aserretuta, borreroen eskuetan ipiñi zuen, zor guzia kitatu arteraño. Nere Aita Zerukoak zuekin ere au bera egingo du, baldin nork bere-anayari utsegiñak biotz-biotzetik barkatzen ezbadiozka.

Itzketa onetan luzaro Kafarnaum-en jardunda, Jesus bere Apostolu eta ikasleakin Jerusalem-eronz abiatu zan.

FRANZISKO IGNAZIO LARDIZABAL-KOAK.

TRADICIONES NABARRAS.

SALKINDARIA.

El traidor.

(CONCLUSION.)

Esta escena despertó en nosotros una irresistible curiosidad. ¿Qué significaban la palabra *traidor*, y aquellas oraciones y aquella expresión de tristeza que reflejaban todos los semblantes? Viendo que el silencio continuaba nos decidimos á interrogar al abuelo acerca de ello.

—Es una historia bien triste,—contestó.

—¿Os molestará el referírmola?

—No por cierto,—dijo: y despues de un momento de pausa, y mientras cargaba su pequeña pipa con la rizada *belarra* que guardaba en una bolsa de piel de foca, añadió como hablándose á sí mismo:— al contrario, es bueno que la gente jóven la tenga presente.—

Decididamente la Providencia nos favorecía. ¿Qué más puede apeteerse, después de una cacería en invierno, que una cariñosa hospitalidad, y como complemento una leyenda al amor de la lumbre?

Acercámonos pues al anciano: rodeáronle sus nietos para no perder ni una sola de sus palabras, y el venerable *aitona* dijo de esta manera:

Hace ya cientos de años, cuando en Nabarra mandaron los nabarros, los extranjeros de las tierras llanas vinieron á hacernos la guerra. Ellos eran muchos y nosotros pocos; ellos estaban vestidos de hierro, y nosotros nos cubríamos con las pieles de las fieras que poblaban estas breñas; ellos tenían espadas brillantes, y nosotros toscas hachas y makillas nudosas; pero en cambio á ellos les atemorizaban estos bosques sombríos y estas montañas cubiertas de nieve que son nuestra alegría.

En aquella época había ménos pueblos que ahora, y todo el país era una inmensa selva, así es que los extranjeros ni encontraban dónde guarecerse ni adelantaban un palmo de terreno á pesar de sus esfuerzos repetidos, y entre tanto los rigores del clima y las acometidas de nuestra gente los diezaban.

Intentó pues el enemigo salir de tan penosa situación, y quiso á toda costa apoderarse de una pequeña aldea de la que le separaba un desfiladero estrecho y profundo; pero el atravesar aquella angostura era empresa difícil, y el apoderarse del castillo que á su extremidad se alzaba, dominando y protegiendo el valle, imposible.

Era el dueño de aquella sombría fortaleza un señor de ilustre abuelo, joven, apuesto y valiente; pero codicioso, de ambición insaciable y mal avenido con los sencillos usos y leyes de esta libre tierra. A pesar de las escasas simpatías de que por su carácter gozaba en ella, los respetuosos montañeses le reconocían como á su jefe; él guardaba las pesadas hachas y las enmohecidas azconas que en los momentos de peligro las distribuía, y entónces, como siempre, combatían juntos, y unidos, hacían ver al enemigo que era insigne locura pretender apoderarse de aquellos desfiladeros.

Varias veces repitió este sus furiosos ataques, y otras tantas tuvo que huir; mas aconteció un día, que cerca de las primeras hogueras que los euskaldunas tenían en el monte se presentaron, en son de paz, algunos soldados extranjeros, y su jefe manifestó deseos de hablar al señor del castillo. Condújoseles á su presencia, y después de algu-

nas horas volvió éste acompañándolos; anunció que iba á pasar al campo enemigo para tratar del bien de nuestra tierra, y previno á su gente que permaneciese tranquila hasta su regreso.

¿Qué sucedió en esta entrevista? Nadie lo sabe; pero despues de dos dias de ausencia volvió el *gazteluaren-jauna* tan sombrío y preocupado como ántes era alegre y bullicioso: reunió en *Batzarre* á los principales montañeses y les manifestó que la guerra podia darse ya por terminada; que los extranjeros, cansados de pelear inúltimente, habian conformado en retirarse, y que por consiguiente desde entónces debian ellos volver á sus aldeas y caseríos y descansar de las fatigas de la lucha.

Estas palabras fueron oidas por casi todos con inmensa alegría; pero algunos ancianos recelosos manifestaron que las promesas de los extranjeros ocultaban á no dudarlo algun infame lazo, porque de otro modo no se comprendia que no hubiesen abandonado ya el país y continuaran todavía en las mismas posiciones que ántes ocupaban.

Dividiéronse las opiniones; tratóse con calor del extraño suceso y, á pesar de la proverbial credulidad de los confiados nabarros, prevaleciendo, por fin, el parecer de los más viejos, declararon todos que no abandonarían las armas hasta que el último enemigo hubiera salido de esta tierra. Levantóse entónces iracundo el señor del castillo, y con asombro de todos manifestó el disgusto que le causaba la terquedad de los montañeses; declaró que él por su parte se retiraba, y les exigió que al punto entregaran las armas que les habia confiado.

Disolvióse el *Batzarre* en medio de una horrible confusion y circuló rápidamente por la comarca la noticia de lo ocurrido.

Así corrieron algunos dias en medio de una aparente calma: los euskaldunas y sus enemigos permanecían frente á frente y se observaban con inquietud. Nadie habia vuelto á ver al *gazteluaren-jauna*; pero en los caseríos se susurraba que tenia frecuentes y misteriosas entrevistas con los extranjeros; y las viejas, siempre murmuradoras, añadian muy bajito, muy bajito, que estos le habian enviado en presente pesadas arcas, ricas joyas, armas preciosas y hermosísimos caballos.

Una noche, por fin, noche terrible en que como hoy, la tempestad rugía, un confuso clamoreo llegó hasta los guerreros euskaldunas desde el fondo del valle; corrieron todos en aquella direccion, y vieron con espanto á sus mujeres y á sus hijos huyendo, sus caseríos in-

cendiados, el castillo ocupado por el enemigo y á su señor capitaneándolo!

Entónces lo comprendieron todo: el traidor los habia vendido! Deslumbrado por las riquezas de los extranjeros y por las brillantes promesas que le hicieran, el miserable les habia franqueado su fortaleza, haciéndolos así dueños de aquellas inespugnables montañas!

En medio de la confusion y del estruendo alzóse un formidable grito de venganza: los nabarros, desesperados, dieron fuego á sus bosques; bien pronto todo el país brilló como las siete bocas del *Erensuqe* y las llamas cortaron el paso al enemigo.

Quiso este retroceder: pero encontróse encerrado por todas partes en un inmenso círculo de fuego: entónces, dominando á los bramidos del incendio y á los bramidos de la tempestad, resonó un inmenso *irrintz*, y, como un torrente, cayeron los montañeses sobre sus contrarios, y los negros barrancos se llenaron de carnes palpitantes.

.

Despues que ya el incendio hubo cesado; y cuando del castillo sólo existian algunos desmoronados paredones, todo quedó en la oscuridad, todo en silencio: no se oyeron lamentos de dolor ni gritos de triunfo; los invasores habian muerto y los euskaldunas, rendidos de fatiga, descansaban sobre los cuerpos de sus enemigos.

Y cuando rasgando espesas nubes de humo vino el sol á alumbrar aquel horrible cuadro, se encontró entre las ruinas de la fortaleza el cadáver ennegrecido del traidor. Nadie supo cómo habia muerto: dijo-se por algunos que un grupo de montañeses penetró en ella durante el combate y lo concluyó á hachazos; otros contaron que en lo más rudo de la pelea, nuestro patrono San Miguel, el glorioso atalaya del monte Aralar, aparecióse airado, y con la misma espada con que protegió á Teodosio de Goñi, el parricida inconsciente y arrepentido, mató al traidor, que vendió á su madre Nabarra.

Lo que sí se asegura es que su cuerpo quedó largo tiempo abandonado sin que nadie se atreviera á tocarlo, y que hasta los buitres de estos montes se apartaban de él con horror. Diéronle por fin sepultura algunos religiosos; pero al dia siguiente apareció el cadáver insepulto: volvióse á enterrar varias veces, y otras tantas se encontró fuera de la fosa, como si la tierra nabarra no quisiera cobijar á un traidor: fué arrojado al rio Araxes y el rio lo devolvió a la orilla. Así estuvo largos años, largos años, hasta que al cabo, ignórase cómo, desa-

pareció; pero *Salkindaria* anda errante buscando dónde reposar, óyese durante las noches de tormenta gemir y vagar por estas montañas, buscando quién le permita detenerse un momento en su hogar, á cambio de los tesoros que recibiera como precio de su horrible crimen, y en el país se sabe que en la casa que le abra su puerta habrá inmensas riquezas; pero que en ella nacerá un traidor. Eso os explica por qué la nuestra se cerró cuando hace poco ha pasado por aquí *Salkindaria*.

—¿Y no se dice si álguien le recibió el su casa alguna vez?—interrumpió mi amigo.

—Jamás,—dijo irguiéndose con orgullo el anciano;—ya habréis visto que en estos montes todos somos pobres!....

Calló el *aitona*; púsose en pié; encendió un trozo de resina para alumbrarnos y nos condujo á su cuarto que hospitalario nos cedia.

Apretámosle la mano cariñosamente, y mientras los truenos retumbaban sordos, y se escuchaba despues del estrépito del huracan ese tembloroso quejido del viento y de las selvas que parece el sollozo de la naturaleza fatigada, nos entregamos al descanso murmurando: —¡Bendita seas, amada pátria, refugio de la fé, del verdadero patriotismo y de la verdadera y cristiana libertad: bendita seas, noble Euskal-erria, que lo mismo en los altos hechos de tu gloriosa historia que en las poéticas consejas de tu humilde pueblo, apareces honrada, digna y fiel guardadora de tus santas tradiciones de honor!

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

